



## **El mercado de trabajo de los sociólogos en Argentina desde la vuelta de la democracia. El caso de los graduados de la UBA\***

### **The labor market of sociologists in Argentina since the restoration of democracy. The case of the UBA graduates**

**Juan Pedro BLOIS\*\***

Recibido: 14.05.13

Revisión editorial: 0.9.07.13

Aprobado definitivamente: 11.10.13

#### **RESUMEN**

Desde la restauración de la democracia, los espacios laborales donde se emplearon los sociólogos en la Argentina experimentaron un notable crecimiento y heterogeneización. A la recuperación y normalización de las instituciones académicas que ampliaban los lugares en los que era posible dedicarse a la docencia y la investigación social, se sumaron un conjunto de instituciones no académicas que comenzaron a contratar un número cada vez mayor de sociólogos (dependencias estatales, consultoras especializadas en análisis de mercado o en estudios de opinión pública, grandes empresas privadas, ONG, etc.). Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, la expansión de estas inserciones implicó una redefinición profunda del escenario de la sociología local, con un número creciente de individuos que utilizaban las herramientas propias de la disciplina más allá del medio académico. El presente artículo analiza y describe las transformaciones del mercado laboral de los sociólogos desde mediados de los años ochenta. Por un lado, busca dar cuenta de las diversas esferas o ámbitos que incorporan graduados, las tareas que demandan, los ritmos que imponen, las formas de ingreso y de circulación que habilitan así como presentar algunas de las representaciones o valoraciones que suscitan en los individuos. Por otro lado, se propone mostrar que, a diferencia de lo ocurrido en otros países, la circulación y la inserción múltiple son moneda corriente.

**Palabras clave:** Mercado de trabajo – Sociólogos – Academia – Estado – Empresas – ONG.

#### **ABSTRACT**

Since democracy was reestablished, the work places where sociologists were employed in Argentina experienced a remarkable growth and became highly heterogeneous. To the recovery and normalization of academic institutions, which extended the amount of positions where sociologists could engage in teaching and social research, a set of non-academic institutions were added which

---

\* El autor desea agradecer los valiosos comentarios y sugerencias de Pablo Bonaldi, Ana Castellani, Mariana Heredia y Federico Lorenc Valcarce.

\*\* Licenciado en Sociología (UBA) y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Es profesor de teoría sociológica del Instituto de Ciencias de la UNGS y de la Carrera de Sociología de la UBA. Es becario posdoctoral del CONICET y becario de Consolidación Académica de CLACSO. Instituto de Ciencias, Universidad Nacional de General Sarmiento, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (ICI-UNGS – CONICET – CLACSO).E-mail: [pedro.blois@gmail.com](mailto:pedro.blois@gmail.com)

began to recruit a growing number of sociologists (state agencies, consulting firms specializing in market research or public opinion polls, large private companies, NGOs). Although it was not an unprecedented phenomenon, the expansion of these placements produced a deep redefinition of the local sociology field, with a growing number of individuals using the tools of the discipline beyond academia. This paper analyzes and describes the changes in the labor market of sociologists since the mid eighties. On the one hand, it seeks to examine the varied spheres or areas that incorporate graduates, the tasks they demand, the pace they imposed, the methods of recruitment and circulation and the representations or evaluation they generate in sociologists. On the other, it tries to show that, differently from other national cases, the circulation and multiple placements are very frequent.

**Keywords:** Labor Market – Sociologists – Academy – State – Enterprises - NGO

## SUMARIO

Introducción. 1. La academia. Recuperación y crecimiento. 2. El Estado. Modernización y tecnificación. 3. La empresa privada. Diversificación y valorización del saber experto. 4. Los ONG. Profesionalización y heterogeneización. 5. Unas esferas porosas. Circulación y multiposicionalidad de los sociólogos. Consideraciones finales. La Carrera de Sociología de la UBA frente al mercado de trabajo de sus graduados. Bibliografía.

\*\*\*\*\*

### *Introducción*

Desde la restauración de la democracia a mediados de la década del ochenta, los espacios laborales donde se emplearon los sociólogos en la Argentina experimentaron un notable crecimiento y heterogeneización. A la recuperación y normalización de las instituciones académicas que ampliaban los lugares en los que era posible dedicarse a la docencia y la investigación social, se sumaron un conjunto de instituciones no académicas que comenzaron a contratar un número cada vez mayor de sociólogos. Dependencias estatales, consultoras especializadas en análisis de mercado o en estudios de opinión pública, grandes empresas privadas y ONG ofrecieron nuevas oportunidades. Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, la expansión de estas inserciones implicó una redefinición profunda del mercado laboral de los sociólogos: para la mayoría de los graduados, ser sociólogo ya no era ser docente o investigador académico.

Esos cambios expresaban las transformaciones más generales de la sociedad argentina, signados por una creciente valoración del saber técnico como un recurso indispensable para diversas tareas e instituciones. El imperativo de la modernización presente desde mediados de los ochenta pero decididamente impulsado en la década siguiente propició la formación de un “mercado del saber experto” donde los sociólogos, junto a representantes de otras disciplinas, pudieron participar ofreciendo su particular *expertise* (Beltrán, 2010). Desde la orientación y confección de las políticas públicas contra la pobreza hasta el manejo de las estrategias de comunicación publicitaria de grandes empresas multinacionales, el abanico de actividades y tareas ha sido amplio. Los sociólogos mostraron, en este sentido, una notable versatilidad.

El desarrollo y heterogeneización de las inserciones laborales supuso dos condiciones. De un lado, el incremento del número de graduados y, del otro, la configuración de diversos espacios susceptibles de incorporar sus servicios. Oferta y demanda fueron, como ocurre con cualquier mercado, construyéndose a lo largo del tiempo. Por un lado, el crecimiento del número de graduados de la Universidad de Buenos Aires (en adelante UBA), la institución que producía año a año el contingente

más amplio de sociólogos, fue constante y alentó una creciente diferenciación de los perfiles profesionales. Si desde 1961 (año en que egresan los primeros sociólogos) hasta 1983, se habían formado poco menos de 1700 sociólogos, desde 1984 hasta mediados de 2011 ese número llegaba casi a 3700. Por otro lado, los escenarios laborales experimentaron, en base a procesos históricos particulares y parcialmente independientes que afectaron diversas instituciones, una fuerte expansión que reforzó aquella diferenciación.

El presente artículo analiza y describe las transformaciones del mercado laboral de los sociólogos desde la vuelta de la democracia. Por un lado, busca dar cuenta de las diversas esferas o ámbitos que incorporan graduados, las tareas que demandan, los ritmos que imponen, las formas de ingreso así como presentar algunas de las representaciones o valoraciones que suscitan en los individuos. Por otro lado, se propone mostrar que, a diferencia de lo ocurrido en otros países, la circulación y la inserción múltiple son moneda corriente. En primer lugar, se caracterizan de manera separada los diversos sectores que reclutan sociólogos: la academia, el Estado, las empresas y el tercer sector. A continuación, se examinan las formas de circulación de los graduados. Finalmente, se proponen unas reflexiones finales en torno a la relación entre las transformaciones del mercado de trabajo y el espacio de socialización universitaria<sup>1</sup>.

### ***1. La academia. Recuperación y crecimiento***

Con el retorno de la democracia se abre un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza e investigación en ciencias sociales y sociología. Por un lado, la Carrera de Sociología de la UBA inició una fase de reorganización signada por la formación de un amplio plantel docente que ofrecía posibilidades profesionales para un número creciente de sociólogos<sup>2</sup>. A ello se sumó una política del Rectorado que, considerando la investigación científica como una función esencial de la universidad, retomó la inversión en becas de iniciación y perfeccionamiento así como en subsidios para proyectos colectivos de investigación<sup>3</sup>. Por otro lado, el CONICET abandonó los mecanismos de “discriminación ideológica” (Bekerman, 2009) que durante la dictadura habían afectado fuertemente a las ciencias sociales condicionando el acceso a becas, nombramientos y subsidios para la investigación.

La renovación general de las ciencias sociales estimulada por la recuperación de este entramado institucional hizo que, con la multiplicación de becas, de grupos de investigación y de espacios donde ejercer la docencia, la inserción académica deviniera una opción posible para un creciente número de sociólogos. Para fines de los años noventa, último dato agregado disponible, casi un cuarto de quienes habían realizado sus estudios a partir de 1984 en la Universidad de Buenos Aires desarrollaban como actividad exclusiva tareas académicas de investigación y/o docencia (Rubinich y Beltrán, 2010)<sup>4</sup>.

Ese desarrollo fue de la mano de la construcción de un amplio sistema de posgrados, nivel que tradicionalmente había permanecido postergado en el medio local. Si hasta entonces eran poco los ámbitos que ofrecían esta formación, con la vuelta de la democracia se inaugura una intensa expansión (García de Fanelli, 2001). Ese proceso le daba a la vocación y carrera académica una organización más

---

<sup>1</sup> Este artículo presenta algunos de los hallazgos de mi tesis de doctorado (Blois, 2012). Está basado en material documental, en información cuantitativa secundaria y en una serie de entrevistas en profundidad a una muestra intencional de sociólogos con distintas inserciones laborales. Los entrevistados, más de cincuenta, forman parte de distintas camadas de graduados que realizaron sus estudios en la Universidad de Buenos Aires en el período que va de 1984 a 2002.

<sup>2</sup> Sobre la reconstrucción de esta carrera a partir de 1984, puede verse Blois (2009).

<sup>3</sup> Ese tipo de inversión había sido dejada de lado durante la dictadura cuando se decidió reducir o dismantelar buena parte de los centros de investigación universitarios (Buchbinder, 2005).

<sup>4</sup> Aquello que constituye una “labor académica” (la investigación, la docencia, ambas) es, por supuesto, una cuestión abierta a discusión y debate dentro de la propia comunidad de sociólogos. Sobre el concepto de “profesión académica” y sus múltiples sentidos, puede verse Vaccarezza (2007).

formal y la encauzaba institucionalmente<sup>5</sup>. Para los graduados, en efecto, ello perfilaba un camino más claro de formación una vez terminados sus estudios, al tiempo que mejoraba sus posibilidades laborales en un mercado de trabajo cada vez más sensible a ese tipo de titulaciones. Por su parte, para los sociólogos ya formados ofrecía un ámbito adicional donde ejercer la docencia. En el mismo sentido, operó la creación de una serie de universidades, privadas tanto como públicas, durante los años noventa<sup>6</sup>.

El surgimiento de esos espacios fue de la mano con la consolidación de ciertas prácticas que caracterizan la vida académica en aquellos países donde esas actividades están más estructuradas: la realización regular de congresos, seminarios o jornadas científicas, la edición de revistas científicas así como la publicación de libros colectivos, la consolidación de grupos de investigación en las universidades donde se forman nuevos recursos humanos, el creciente protagonismo del artículo académico o *paper*, la formulación y presentación de proyectos para solicitar financiamiento a diversos organismos nacionales y extranjeros, la institucionalización de mecanismos de evaluación y acreditación, etcétera.

Al tiempo que se fijaban o volvían más claras un conjunto de reglas o requisitos para insertarse y desarrollar una carrera en el medio académico, crecía la preocupación de los individuos por sumar antecedentes que robustecieran su *curriculum* personal, por producir pero también por acreditar conocimientos. En la medida en que las instituciones, a la hora de decidir el acceso a una beca o un concurso docente, premiaban las experiencias o “créditos” académicos, se fue dando un creciente “ensimismamiento” del mundo universitario respecto de las otras esferas sociales. Los temas y agendas pudieron ganar, comparado con otras etapas históricas previas, una relativa autonomía frente a los debates o problemáticas más generales de la sociedad. Es en este sentido que un conjunto de observadores, ha llamado la atención sobre el proceso de “profesionalización” de la vida académica y ha resaltado el creciente protagonismo de la figura del “investigador científico” en detrimento de la del “intelectual público” de fuerte presencia en el pasado (Kreimer y Blanco, 2008)<sup>7</sup>.

Esas prácticas, por supuesto, no carecían de antecedentes. Una experiencia relevante, en ese sentido, había sido la labor de los centros privados de investigación durante la última dictadura militar<sup>8</sup>. Allí, en medio de un clima fuertemente represivo a nivel nacional, un conjunto de sociólogos junto a representantes de otras ciencias sociales pudieron desarrollar una agenda de investigaciones que contó con el sostén financiero de fundaciones y agencias de cooperación extranjeras. En algunos casos, esos centros se constituyeron como ámbitos de socialización y aprendizaje para un grupo de jóvenes sociólogos. Obligados a mantener un perfil bajo, los centros se conformaron como espacios

---

<sup>5</sup> Hasta allí, cabe recordar, la asignación de becas de investigación no estaba necesariamente atada a la realización de un posgrado.

<sup>6</sup> Si durante los años ochenta la administración radical había restringido el otorgamiento de permisos para la fundación de nuevas instituciones, a partir de la década siguiente hubo un fuerte giro: mientras en 1985 había 20 instituciones universitarias privadas, sólo diez años después la cifra era de 44 (Buchbinder, 2005:228). Por otra parte, entre 1989 y 1995 se crearon seis nuevas universidades nacionales: Quilmes, La Matanza, General Sarmiento, General San Martín, Tres de Febrero y Lanús.

<sup>7</sup> Si en un artículo de 1993, Sidicaro valoraba la formación en ciernes de un “campo intelectual” con reglas propias y la “búsqueda de una identidad fuerte en tanto sociólogos” frente a la “disolución” de la sociología en las disputas políticas en los años sesenta (Sidicaro, 1993:76), unos años más tarde, Svampa criticaría la “excesiva profesionalización” y el modelo académico “hegemónico” signado por la “disociación entre saber académico y compromiso político” y sólo preocupado por “hacer carrera” (Svampa, 2008:25). Más cercano en el tiempo, en un mismo sentido crítico, Sidicaro refería la figura del “obrero del *curriculum*”, agente orientado a sumar antecedentes antes que a responder cuestiones sociales o científicas “sustantivas”.

<sup>8</sup> Los centros privados poseían una tradición que antecedió largamente al golpe militar de 1976 y que respondía a la conflictiva relación entre la universidad y los distintos gobiernos nacionales que obligaron a sectores de la intelectualidad a buscar espacios de inserción profesional alternativos (Sigal, 1991). En ese sentido, al momento del golpe existía ya una densa red de centros. Cf. Brunner y Barrios (1987).

dominados “por los valores académicos, con fuertes demandas de productividad, de profesionalismo y de búsqueda del reconocimiento internacional” (Brunner y Barrios,1987:131)<sup>9</sup>.

La ampliación de las instituciones académicas a partir de la vuelta a la democracia se dio en un contexto de fuertes restricciones económicas. Si el gobierno radical había favorecido una recuperación en los salarios de los docentes e investigadores así como un repunte presupuestario de las instituciones universitarias, las crisis inflacionarias primero y el imperativo del equilibrio fiscal después, conllevaron una fuerte caída de los ingresos y recursos disponibles. A pesar de que no faltaron iniciativas tendientes a recuperar las remuneraciones y estimular las actividades de investigación, como el Programa de Incentivos o el Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria (FOMECE)<sup>10</sup>, la dedicación a las actividades académicas no siempre aseguraba un nivel de ingresos considerado suficiente<sup>11</sup>. Ello colocó a los investigadores y becarios ante una disyuntiva: vivir austeramente con “lo justo”, o volcarse a la “multiocupación”, es decir, dejar de lado el requisito de la dedicación exclusiva y realizar diversos trabajos para complementar o reforzar sus retribuciones. Muchos sociólogos optaron por esta segunda opción y, sin abandonar sus tareas académicas, incursionaron en otras esferas laborales.

Esa multi-ocupación y circulación por distintas esferas estaba reforzada, sin dudas, por el amplio predominio de la dedicación simple en la Carrera de Sociología de la UBA<sup>12</sup>. Ello permitió que, como es moneda corriente en otras carreras más “profesionales” como la abogacía, se inserten como docentes individuos cuya dedicación principal no era académica, muchos de los cuales estaban dispuestos a dar clases aun cuando no hubiera una retribución monetaria.

En el contexto de la década del noventa, fue una minoría entre los graduados la que, gracias a la obtención de alguna beca que sumaba a su designación docente, podía dedicarse de manera exclusiva o predominante a la vida académica y construir, en ese marco, una trayectoria más o menos “pura”: pasar de una beca a otra, completar estudios de posgrado en el país o en el extranjero, insertarse en alguna de las nuevas universidades o como investigador del CONICET, publicar regularmente, formar nuevas generaciones, dirigir proyectos o grupos de investigación, etcétera.

Hubo asimismo quienes, sin insertarse en otras esferas, sumaron el dictado de clases en distintas instituciones (públicas y privadas) y de diversos contenidos con el fin de hacerse de un ingreso

---

<sup>9</sup> Con los años, los centros perdieron parte de su dinamismo. Por un lado, el país, ya asegurada la transición a la democracia y las libertades públicas, dejó de ser un destino que despertara la sensibilidad de las agencias extranjeras o internacionales de desarrollo científico. Por el otro, la puesta en marcha del Plan de Convertibilidad y un tipo de cambio bajo disminuyeron el valor relativo de los subsidios que los investigadores pudieran captar del exterior.

<sup>10</sup> El Programa de Incentivos, implementado a finales de 1993, buscaba estimular las actividades de investigación científica y tecnológica en las universidades nacionales fijando un incremento salarial para aquellos docentes que cumplieran esas tareas. Por su parte, el FOMECE, creado en 1995 y en funcionamiento hasta 2001, era un fondo financiado en buena parte por el Banco Mundial que buscaba mejorar la calidad de la enseñanza superior. Era asignado a las distintas instituciones de manera competitiva pues era preciso concursar para acceder a los recursos (becas a docentes para que realizaran estudios de posgrados o estancias en centros académicos del exterior, fondos para actualizar los acervos de las bibliotecas, etcétera) (Buchbinder, 2005:225). De todos modos, cabe aclarar que la mayoría de los recursos fue destinado a las ciencias “duras” (por ejemplo, sólo un 3,1% de los estudiantes de maestría y un 6% de los de doctorado en las áreas de ciencias sociales y humanidades tuvieron acceso a una beca financiada por el FOMECE) (Fanelli, 2000:45).

<sup>11</sup> Entre 1993 y 2003, el salario docente descendió para todas las categorías un 32% aproximadamente en términos reales. Desde ese momento comienza un proceso de marcada recuperación (Groisman y García de Fanelli, 2009).

<sup>12</sup> Cabe destacar que a mediados de 2010, el 91% de los JTP y el 99% de los Ayudantes de Primera tenían una dedicación simple o trabajaban *ad-honorem*. Los profesores presentan proporciones ligeramente menores (entre 75% y 85%). La expansión del trabajo *ad-honorem* como respuesta al aumento de la matrícula fue acelerado. En aquel momento, poco menos de la mitad de los cargos (incluyendo profesores y asociados) tenía ese carácter.

mínimo. Pudieron construir así una “dedicación exclusiva” en la docencia a partir de la sumatoria de dedicaciones simples que, sin embargo, dejaba poco tiempo para las tareas de investigación. Tal situación comienza a cambiar a partir de 2003 cuando el aumento en la inversión del Estado en ciencia y técnica se traduce en un incremento de becas y subsidios a la investigación así como en una mejora en el nivel de los salarios.

Durante todo el período, el acceso a las inserciones o cargos académicos tuvo un carácter marcadamente informal. Por un lado, el ingreso a la docencia en el seno de la Carrera de la UBA no estuvo mediado en la mayoría de los casos por el mecanismo del concurso. Dependía, por el contrario, del ofrecimiento de algún profesor o el pedido del estudiante o joven graduado. Por otro lado, si es cierto que, por ejemplo, el acceso a una beca supone un concurso donde se evalúan los antecedentes de manera impersonal, no lo es menos que las experiencias y antecedentes, tanto como la información sobre la convocatoria o los mismos conocimientos sobre cómo hacer una presentación, necesarios para salir airoso, dependen en buena medida de la participación previa en ciertos ámbitos académicos para los cuales no existen mecanismos institucionalizados de acceso. La habilidad para construir una red de capital social es, en ese sentido, indispensable (Bonaldi, 2009).

## ***2. El Estado. Modernización y tecnificación***

A principios de los años noventa, coincidiendo con el momento en que comenzaban a graduarse quienes habían iniciado sus estudios a partir de 1984, el Estado argentino se embarcó en un proceso de profundas reformas institucionales que, comprendiendo sus distintos niveles (nacional, provincial y municipal), lo volvieron un fuerte reclutador de graduados universitarios, entre ellos, sociólogos. En el marco de una profunda crisis, el gobierno peronista que asumió el poder en 1989 decidió promover un fuerte ajuste y “tecnificación” de la administración pública que en un breve lapso alteraría profundamente la composición de la planta de trabajadores estatales<sup>13</sup>.

En esa reorientación tuvieron una incidencia marcada un conjunto de organismos financieros internacionales (centralmente el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) que, en momentos de una penuria económica sin precedentes, pudieron convertirse en actores clave en la definición de la política nacional. Según su diagnóstico, la modernización del Estado y las políticas públicas suponía la existencia de un tipo de recursos humanos con una capacidad técnica profesional certificada (Rubinich y Langieri, 2007). Aun cuando los economistas, como ha sido destacado en numerosas oportunidades, estuvieron entre los más favorecidos y su profesión conoció un momento de fuerte expansión (Heredia, 2007), los sociólogos no dejaron de encontrar buena acogida en la nueva coyuntura. Según la encuesta ya citada, casi un 20% de los sociólogos consultados declaraba como inserción principal algún tipo de actividad en la burocracia estatal, en sus distintos niveles (Rubinich y Beltrán, 2010).

No era la primera vez, por cierto, que el sector público demandaba los servicios profesionales de los sociólogos. A mediados del siglo pasado, durante el auge del desarrollismo y la confianza en el accionar estatal como medio para alcanzar la modernización y cambio de la sociedad, se crearon una serie de instituciones planificadoras de fuerte perfil técnico<sup>14</sup> donde un conjunto de graduados de la novel carrera pudo desarrollar tareas de investigación “aplicada”.

Las labores que desarrollan los sociólogos en el Estado son muy variadas. Las diversas dependencias donde se incorporan, su tamaño o los puestos que ocupan, dan cuenta de una realidad ciertamente

---

<sup>13</sup> Según Beccaria y Goldfarb (2010), mientras a mediados de los años setenta solamente un 2,4% del total de empleados públicos de la administración nacional tenía un título universitario, a fines de los noventa, esa proporción llegaba al 36%.

<sup>14</sup> Cabe mencionar, por su particular receptividad, el Consejo Federal de Inversiones (CFI), el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).

heterogénea. No obstante, de modo estilizado, pueden distinguirse cuatro grandes grupos de actividades.

Por un lado, están quienes participan en la producción y análisis de distintos tipos de información, tarea en la cual el instrumental metodológico y estadístico propio de la disciplina es profusamente utilizado. Ese instrumental, de hecho, es tenido en cuenta al momento del reclutamiento de los sociólogos. Las dependencias estatales que demandan estos servicios son todas aquellas que contribuyen a la producción de datos para el Sistema Estadístico Nacional, pero también las diversas áreas de información y planeamiento de los distintos ministerios. En la difusión de estas últimas, tuvo una fuerte injerencia la introducción de la evaluación y medición del impacto de las políticas estatales como imperativo de la gestión pública propiciada por los organismos internacionales<sup>15</sup>. Los sociólogos que participan de estas tareas valoran la posibilidad de construir un oficio de investigador, riguroso en lo metodológico, orientado a dar respuestas a demandas “concretas” de actores institucionales.

Por otro lado, están quienes desarrollan una labor burocrática asociada a la implementación de la política pública y al funcionamiento cotidiano del Estado. Aquí se incluye el trabajo administrativo de “oficina” donde se trata de asistir desde un plano técnico a los funcionarios políticos en sus decisiones, armando las resoluciones, coordinando reuniones, realizando la comunicación interna entre diversas áreas o dependencias, etcétera. Se trata, como el anterior, de un trabajo de “escritorio” pero que, en contraste, no utiliza el instrumental metodológico propio de la disciplina para la producción y análisis de información agregada. En esa medida, el título de sociólogo no pesa tanto al momento del reclutamiento sino que lo importante es acreditar algún tipo de formación universitaria. Los saberes y destrezas requeridos en estas posiciones se incorporan en la propia experiencia. Para estos sociólogos, la impronta práctica de su trabajo aparece como un rasgo reivindicable frente a la pura “especulación”. Para ellos, el sociólogo en el Estado no sólo debe producir información sino que tiene que comprometer sus esfuerzos en los procesos de reforma y mejora de la administración pública.

Además, están quienes, quizá en un número relativamente menor, desarrollan su trabajo en el “territorio” en interacción directa con las diversas poblaciones destinatarias de la política estatal (desde “chicos en situación de calle”, alumnos con “problemas” de aprendizaje hasta adultos mayores en “hogares de día”)<sup>16</sup>. Este tipo de inserción está por lo general dominado por los trabajadores sociales quienes reciben una formación específica para lidiar con estas situaciones. En este caso, si bien puede haber una parte de trabajo de “escritorio”, lo esencial pasa por el trato con “personas de carne y hueso” a las que hay que asistir o capacitar. Para estos sociólogos, la conexión con la intervención práctica resulta mucho más “directa” u ostensible que en los casos anteriores. Muchos leen su accionar en la clave del compromiso social o político y encuentran en el Estado una inserción profesional capaz de reunir la “vocación” o militancia a favor de los “dominados” con la realización de un trabajo que permite pagar las “cuentas de fin de mes”.

Finalmente, están quienes, convocados por la gestión política del momento, acceden a cargos jerárquicos o de alto rango, no como parte de una carrera técnico-burocrática, sino por vínculos de “confianza política”. Estos sociólogos deben abandonar sus posiciones una vez reemplazado el funcionario o administración que los convocó. El trabajo, además de la participación en el diseño de la política a implementar, comprende la gestión de la cosa pública: manejo de presupuestos, armado de equipos y planteles, negociación de contrataciones y partidas, etcétera. En este caso, al momento del reclutamiento, las credenciales académicas o técnicas son una condición necesaria pero no suficiente. Lo decisivo son las conexiones políticas. Estos sociólogos construyen, en ese sentido, una posición de

---

<sup>15</sup> Esos organismos financiaban un amplio abanico de proyectos o programas estatales. A fin de asignar esos fondos, estas instituciones reclamaban la medición y evaluación de esas iniciativas.

<sup>16</sup> Para un análisis de los estratos inferiores de la burocracia del Ministerio de Desarrollo Social y de los sentidos que asume el trabajo en “territorio” (en contraposición con el trabajo de “escritorio”) como espacio donde se pone en juego la sensibilidad y compromiso social, puede verse Perelmiter (2011).

“experto” que combina dos tipos de pertenencia, una política y otra técnico-profesional (Morresi y Vommaro, 2011).

Con la excepción de este último grupo que goza de un margen de decisión o de autonomía mayor a la hora de decidir, las labores realizadas en el Estado suelen tener un carácter subordinado o fuertemente burocratizado. Es por esto que algunos sociólogos suelen destacar el carácter rutinario y poco “creativo” del trabajo en el Estado. Si ello es señalado para el caso de la labor más administrativa, no deja de serlo para muchas de las tareas vinculadas a la producción y análisis de información. En ese caso, según los sociólogos, el trabajo para un interlocutor (el funcionario político) que no tiene tiempo de leer más que breves informes (o “resúmenes ejecutivos”) condicionan fuertemente las preguntas y respuestas que se pueden formular. En ese sentido, un informe más detallado o que presentara los resultados de inquietudes que el sociólogo se hubiera planteado de manera autónoma (con una cierta extensión, fundamentado teórica y empíricamente) se les aparece como fuera de lugar.

Pese a la heterogeneidad de los escenarios de actuación y la diversidad de tareas asumidas, existen ciertas áreas o problemas en los que los sociólogos han podido legitimar sus conocimientos como insumos necesarios o, al menos, “útiles”. Ello no se tradujo, sin embargo, en un control exclusivo o en el monopolio de una “jurisdicción” propia (Abbott, 1988). Por el contrario, tales tareas son compartidas con otros perfiles profesionales. Como sea, si la producción de datos cuantitativos para los sistemas de información estadísticos fue tradicionalmente un terreno propio de sociólogos (junto a economistas y estadísticos), desde los años noventa, a instancias de la creciente valoración del saber técnico, otras áreas pudieron legitimarse como espacios de intervención o posible incumbencia: la educación, la política social y lucha contra la “pobreza”, la salud, el trabajo e incluso la seguridad y la defensa.

Los ritmos de trabajo en el Estado son muy variables, siendo moneda corriente la sucesión de momentos de fuerte exigencia y momentos en los cuales no hay mucho para hacer. Esos vaivenes son determinados por las demandas que el área en cuestión recibe “desde arriba”. Su suerte, en ese sentido, depende no sólo de la calidad o pertinencia del trabajo realizado sino también, y en una buena medida, de la capacidad de su referente o “jefe” para legitimar sus servicios frente a quienes deciden sobre la asignación de tareas y recursos. Esa iniciativa es fundamental en una institución sometida a fuertes reorientaciones, donde el cambio de las autoridades políticas suele implicar fuertes discontinuidades: la dinamización de ciertas acciones y el correlativo marginamiento de otras.

En ese sentido, no es inusual que algunas dependencias, áreas o programas, aun cuando no sean eliminadas, queden sin una función o tarea claras. Quienes allí trabajan ven cómo lo que realizan carece de una finalidad o destinatarios concretos. La sensación de pérdida de sentido o “aburrimento” es ineludible cuando no se sabe muy bien para qué se trabaja y se percibe que las iniciativas o informes que se elaboran terminan archivadas o en un “cajón”. Aun cuando por lo general no sean despedidos, su situación genera un profundo malestar. Si la dimensión del compromiso está en dudas, no lo está menos el aprendizaje o “crecimiento profesional”. En ese contexto, es usual que para salir de esa situación y del “achanchamiento” que puede conllevar, comiencen a buscar otro trabajo o al menos, frente a una jornada laboral que ciertamente ha dejado de ser exigente, deciden desarrollar otras labores *part-time* (en el Estado mismo o en otras esferas profesionales).

De la misma manera, la dotación de recursos de un área (medida en términos de espacio concedido, equipamiento, computadoras, número de empleados contratados, nivel salarial) suele corresponderse con esos vaivenes. En esas condiciones, si es cierto que el trabajo en el Estado puede realizarse con una adecuada dotación de medios materiales (como cuando se encaran grandes operativos para relevar información, se participa de un área favorecida por la gestión del momento o se dispone del financiamiento de organismos internacionales), también es cierto lo contrario, situaciones de fuerte escasez donde no se cuenta con los medios mínimos para desarrollar las tareas. En ese sentido, no es inusual el “hacinamiento” de empleados en una oficina para quienes no hay suficiente cantidad de



sillas, mesas o escritorios (por lo cual deben turnarse para poder realizar sus tareas) y que la lucha por esos recursos devenga una realidad cotidiana entre los empleados en el sector estatal. Para algunos sociólogos, que pueden compararlo con las situaciones que se dan en otros mundos laborales, esa situación desestimula su inserción en el ámbito público.

En cuanto a la forma de ingreso al Estado, si bien la ola modernizadora de los noventa se propuso reconstituir los canales institucionales de reclutamiento<sup>17</sup>, la forma predominante en que los sociólogos (y presumiblemente la mayoría del personal) devienen agentes públicos es informal. El conocimiento y la recomendación de alguien que esté trabajando allí o que disponga de contactos entre el personal capaz de tomar personal a su cargo es indispensable.

Ahora bien, pese a esas dificultades el sector estatal constituye un ámbito laboral atractivo. Para muchos, la inserción en las áreas que producen datos permite desarrollar un oficio técnico vinculado a la recopilación, procesamiento y análisis de información (por lo general cuantitativa) que supera ampliamente las destrezas incorporadas durante su formación de grado (y aún de aquella obtenida a partir de la realización de algún curso extracurricular o de posgrado). En algunos casos, el trabajo puede ceñirse al manejo de información secundaria, en otros puede incluir la producción de nueva información y sus tareas asociadas: diseño de muestras, preparación de cuestionarios, coordinación del trabajo de campo, confección de la base, etcétera.

Pero el Estado también resulta atractivo porque para muchos se trata de un ámbito donde es posible poner en juego un compromiso social y político que puede apuntar a la transformación de realidades “concretas”. En ese sentido, si bien los sociólogos pueden lamentar el excesivo condicionamiento que por momentos deviene del carácter fuertemente rutinario de ciertas tareas, valoran su participación en una práctica que busca resolver una necesidad “práctica” e “inmediata” de la sociedad. Sea en la producción de indicadores sociales, sea en la puesta en marcha de determinada iniciativa cuyos avances pueden notar a medida que pasa el tiempo, sea en el trabajo “cara a cara” con los destinatarios de una política asistencial, la implicación con la “realidad” es un incentivo de su trabajo. Para ellos, su inserción profesional permite recuperar la preocupación que la sociología tiene por la intervención social. Hay quienes, en sentido, conciben al Estado como un escenario “estratégico” desde el cual, dados sus recursos económicos, institucionales y simbólicos, operar para la mejora o democratización de su sociedad<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> En 1991, en el marco de las reformas del Estado, se implementó el Sistema Nacional de la Profesión Administrativa (SINAPA) como una tentativa de “profesionalizar” y jerarquizar la función pública. Para ello se estableció el mecanismo de concursos para el ingreso a aquellos cargos que requieren título terciario. Sin embargo, según diversos observadores, su implementación no alteró profundamente las lógicas previamente establecidas (Abal Medina y Nejamkis, 2001). Cabe mencionar el caso de una de nuestras entrevistadas que a principios de los años noventa ingresó a la administración pública a través del flamante SINAPA (para un cargo de “Analista de Políticas Públicas”). Según relata, pese a su inicial entusiasmo, no tardó en desilusionarse. A poco de entrar y habiendo constatado que pese a lo rutilante del título de su cargo, “la profesionalización administrativa era una mentira”, y que ni siquiera tenía tareas asignadas, pidió una transferencia a otro área. A los pocos años, en uno de los ajustes implementados por aquellos años, es echada de su cargo por no estar desempeñándolo. De todos modos, gracias a un contacto, pudo reingresar a otra dependencia del Estado como “monotributista”. “O sea, yo del Estado salgo de planta y entro como contratada. Esa era la ‘reforma del Estado’”. Este testimonio ilustra las condiciones difíciles para proyectar una carrera profesional en el sector público.

<sup>18</sup> Por supuesto, ese sentido trascendental que los sociólogos atribuyen a su labor en el Estado puede entrar en crisis cuando, como hemos mencionado antes, el área donde se insertan pierde su dinamismo y comienza a sobrevivir sin una razón de ser muy clara, o cuando la labor que se viene realizando es interrumpida por un cambio de gestión sin llegar a ver los frutos del trabajo realizado. En ese caso, no es inusual que la desilusión ante la efectiva capacidad de incidencia de su trabajo produzca una marcada desmotivación y malestar.

### **3. La empresa privada. Diversificación y valoración del saber experto**

Los espacios del sector privado donde los sociólogos se insertan presentan, como ocurre en el sector público, una gran heterogeneidad. Sin embargo, hay dos áreas donde tienen una marcada presencia y donde han podido legitimar el instrumental y técnicas propios de la disciplina como un recurso valioso para la decisión de diversos actores: la investigación de mercado y los estudios de opinión.

Si bien la inserción de los sociólogos en el mundo de las empresas alcanzó cierto desarrollo desde mediados de la década del sesenta, cuando algunos miembros de las primeras camadas de graduados comenzaron a ofrecer sus servicios técnicos a empresas que realizaban investigación de mercado, fue sobre todo a partir de mediados de los años ochenta y de manera decidida durante la década siguiente que se produjo su mayor crecimiento. Ese crecimiento estuvo motorizado, de un lado, por la modernización y apertura de la economía nacional y los cambios correlativos en el perfil de buena parte de las grandes empresas; y del otro, por las transformaciones del escenario político y la institucionalización de los procesos electorales. Según la encuesta realizada por Rubinich y Beltrán, la proporción de graduados empleados en el mundo privado llegaba casi al 20%.

La reconversión de las empresas nacionales frente a los imperativos de la hora y la llegada de firmas extranjeras que incorporaban al medio local las formas de gestión y administración que utilizaban en sus países de origen propiciaron dos procesos que ampliaron fuertemente el mercado laboral de los sociólogos. Por un lado, se estimuló la “profesionalización” del personal contratado, elevándose de ese modo la proporción del personal administrativo o jerárquico con título universitario. Por el otro, y gracias a la expansión de la demanda de un conjunto de servicios subcontratados (o “tercerizados”) se promovió la creación de un amplio mercado de consultoría donde diversas agencias o consultoras pudieron legitimar sus servicios como insumos útiles para la decisión y actividad empresaria. Si algunos servicios eran tradicionales, otros resultaban ciertamente novedosos: desde aquellos vinculados a la gestión comercial, legal o financiera, dominados por los economistas, administradores, ingenieros y contadores, hasta aquellos más “sociales” con fuerte presencia de sociólogos, psicólogos, comunicólogos y creativos del marketing (Beltrán y Strauss, 2011). En ese contexto, la investigación de mercado tuvo un marcado crecimiento<sup>19</sup>.

El desarrollo de los estudios de opinión pública cobró fuerza a partir de la apertura democrática y la reinstalación de la lucha electoral. Esta actividad tuvo su primera prueba de peso en 1983 cuando buena parte de los encuestadores anticiparon –contra la mayoría de las presunciones del momento–, el triunfo del candidato del radicalismo y la inédita derrota del peronismo en una elección libre. Desde aquellos comienzos incipientes, los sociólogos, junto a otros profesionales, han logrado posicionarse

---

<sup>19</sup> La investigación de mercado es una actividad que busca producir información sobre los consumidores, productos y marcas en vistas a orientar las decisiones comerciales de las empresas. Según los argumentos de quienes la ofrecen, esta actividad puede brindar un conocimiento más realista del consumidor y, en ese sentido, favorecer el descubrimiento de nuevas oportunidades de negocios. Los estudios que se realizan son variados: estudios de imagen y posicionamiento de marcas, testeos de productos, evaluación de precios, estudios de hábitos y actitudes de consumo de ciertos grupos o poblaciones, percepción de campañas publicitarias, entre otros. Si tradicionalmente las técnicas empleadas fueron predominantemente cuantitativas, y estuvieron dominadas por la confección de un cuestionario, el diseño de una muestra representativa y la realización de una encuesta (telefónica, incidental, por timbreo), en los últimos años ha crecido la importancia de las estrategias y técnicas cualitativas: entrevistas en profundidad, grupos focales y, más recientemente, observaciones etnográficas donde el investigador puede pasar varias horas en la casa del consumidor o acompañarlo en el momento de las compras. Como se puede ver, las técnicas y herramientas propias de las ciencias sociales tienen un rol decisivo y, en ese sentido, favorecen la contratación de sociólogos.

como interlocutores privilegiados de los políticos profesionales y los medios de comunicación a la hora de medir intenciones de voto y diseñar campañas políticas (Vommaro, 2008)<sup>20</sup>.

El mercado de la consultoría es heterogéneo. Mientras la demanda de investigación de mercado está compuesta casi en su totalidad por un conjunto de grandes empresas –bancos, industrias de consumo masivo, empresas telefónicas, cadenas de supermercados–, la demanda de estudios de opinión, aun cuando a veces proviene de medios de comunicación o de alguna repartición estatal, deriva centralmente de los políticos profesionales y los partidos, deseosos de conocer las intenciones de voto de los ciudadanos y aquellos problemas que les preocupan para diagramar sus campañas, propuestas de gobierno y discursos.

La oferta, por su parte, está diferenciada según cuál sea la actividad principal de la consultora. Si bien no es inusual que una consultora ofrezca ambos tipos de servicios, los perfiles son diferenciados. Mientras las identificadas con los estudios de opinión ligan su oferta –e incluso su nombre– a la notoriedad pública o mediática de sus propietarios y a su reconocimiento social como analistas políticos, las consultoras de mercado enfatizan su “visión estratégica de negocios” y su capacidad para generar ideas o conceptos que permitan realizar acciones exitosas de marketing (Vommaro, 2008).

La oferta, asimismo, presenta una fuerte estratificación. Por un lado, existe un conjunto de grandes agencias internacionales que tienen sucursales o sedes en cientos de países y que acceden a buena parte del volumen de negocios disponible. Por lo general, estas agencias operan con una fuerte interconexión global que hace que muchos de los estudios realizados en el medio local, respondan a metodologías y procedimientos definidos en otras latitudes. Es usual, en este sentido, que para algunos estudios complejos –o cuya metodología es propiedad exclusiva de la agencia– la sucursal local se limite a recopilar la información y a enviarla para su procesamiento afuera, recibiendo luego los datos para desarrollar el análisis. Por otro lado, hay un conjunto de agencias de origen local con dimensiones ciertamente más modestas y cuyo alcance o capacidad operativa para realizar un estudio más allá de las fronteras nacionales sólo se da en pocos casos.

De esa inserción diferenciada en el mercado surgen distintas estrategias o posicionamientos comerciales. Si a la hora de conseguir clientes las agencias grandes enfatizan su inserción global<sup>21</sup>, las agencias más chicas, privadas de semejante alcance, procuran asegurarse su nicho en el mercado en base a un servicio que dice reconocer las peculiaridades locales y, en ese sentido, lograr un acercamiento más fiel a los deseos o creencias de los consumidores de cada país. Para ello ofrecen una consultoría “a medida” o flexible que diferencian de los estudios “estandarizados” de las grandes consultoras. Según las consultoras más pequeñas, sólo un acercamiento “caso por caso” y que no aplane las particularidades de cada sociedad aplicando el mismo procedimiento y preguntas a realidades inconmensurables, puede proveer un mejor diagnóstico para una acción exitosa. Según una jerga habitual en el mundo de las agencias, se trata de la distinción entre las consultoras “boutique” y las supuestas “máquinas de hacer chorizos” (es decir, las consultoras multinacionales).

Las empresas que demandan las investigaciones de mercado cuentan con un departamento o área encargado de establecer el vínculo con las agencias contratadas<sup>22</sup>. Quienes allí se emplean (sociólogos

---

<sup>20</sup> Los estudios de opinión se proponen conocer las preferencias de los individuos de una población o grupo social en diversas materias. Sin embargo, aun cuando pueda haber investigaciones sobre diferentes temáticas, lo más usual es la medición de la intención de voto, la imagen de un candidato o los problemas sociales que la población define como centrales.

<sup>21</sup> Es usual que las casas matrices decidan a quien se contrata para hacer un mismo estudio en todos los países de modo tal que quienes pueden acceder a esa oportunidad son sólo unas pocas consultoras internacionales. Entre ellas podemos mencionar a Synovate, TNS-Gallup, Nielsen, GfK.

<sup>22</sup> Cabe destacar que estas empresas, de grandes dimensiones, han sido punta en el desarrollo de nuevas técnicas de investigación de mercado a nivel mundial. Han funcionado, en ese sentido, como verdaderas “escuelas” de *Trabajo y Sociedad*, Núm. 22, 2014

pero también, psicólogos, economistas, profesionales del marketing, etcétera) tienen como función central definir, encargar y supervisar el trabajo. Su labor a veces asume un rol decisivo en la investigación (aprobación de cuestionarios antes de su aplicación, supervisión de las entrevistas en profundidad o grupos focales, etcétera) pero otras veces mantiene una posición más prescindente.

Las condiciones de trabajo para un sociólogo en una agencia y una empresa son ciertamente distintas a pesar de referir a un mismo proceso de investigación. Los propios actores reconocen este clivaje al distinguir dos “bandos”. Por un lado, están las diferencias que hay entre trabajar para una organización de cientos de empleados (por lo general de carácter multinacional) y hacerlo para una empresa mediana o pequeña. En un caso, las jerarquías y roles están más claramente delimitados, mientras en el otro predomina un clima más “horizontal”. En ese sentido, no es inusual que los dueños de la consultora, junto con los quehaceres y responsabilidades propios del gerenciamiento y manejo empresarial, se hagan cargo de algunos proyectos de investigación. Las posibilidades de hacer carrera en uno y otro son, asimismo, diferentes. En una empresa multinacional es usual que sus trabajadores viajen por sus diversas sucursales, se introduzcan en una particular cultura “organizacional” y tengan, dadas la magnitud de la institución, mayores posibilidades de desarrollar una carrera laboral ascendente a posiciones de mayor responsabilidad y jerarquía. Por lo demás, el reclutamiento es distinto. En las grandes empresas predominan los mecanismos formales e impersonales (publicitación de una oportunidad laboral en avisos clasificados o sitios de internet, proceso de selección con varias entrevistas y distintas etapas)<sup>23</sup>. En contraste, en las consultoras, empresas más chicas, la recomendación personal tiene mayor incidencia.

Por otro lado, están las diferencias operativas entre lo que se hace en una y otra inserción: mientras quienes trabajan en una agencia llevan a cabo los estudios, quienes son su contraparte, como indicamos, se limitan a supervisarlos. Su labor tiene, en ese sentido, una impronta menos “práctica”: ellos no producen el cuestionario, realizan las entrevistas u organizan el campo. Además, el trabajo de los primeros varía de un producto a otro de acuerdo a los diversos clientes de la consultora (generando una “gimnasia” en la producción de informes a un ritmo que no encuentra equivalente en ninguna de las esferas por donde transitan los sociólogos), mientras que para los empleados de la empresa el producto para el cual buscan maximizar las ventas es siempre el mismo, con lo cual el material sobre el que reflexionan y recogen información no cambia demasiado<sup>24</sup>.

Ahora bien, preciso es tener en cuenta que el cambio de “bando” no es infrecuente. Lejos de ello, es usual que llegados a un punto, los sociólogos con cierta trayectoria como empleados de una empresa decidan renunciar en búsqueda de una mayor autonomía. En algunos casos se convierten en consultores independientes, en otros, deciden probar suerte armando su propia agencia. La inserción como independiente es, en efecto, una modalidad usual en la consultoría privada<sup>25</sup>. Si bien conlleva una buena cuota de incertidumbre respecto del trabajo en relación de dependencia y un esfuerzo más o

---

formación de los sociólogos y profesionales allí empleados pero también de las agencias con las que ponían en juego estos desarrollos al incorporarlas como demandas en el medio local.

<sup>23</sup> Una modalidad habitual, en este sentido, son los denominados “Programas de Jóvenes Profesionales” implementados por grandes empresas para incorporar universitarios recientemente egresados cuyos requisitos son poseer título universitario y conocimientos del idioma inglés. Una vez incorporados, durante su primer año como empleados, estos jóvenes realizaban cursos de preparación brindados por la empresa y recorren distintas áreas de la misma. En estos casos, la empresa no busca sociólogos (u otras formaciones profesionales) de manera específica. Aquí lo que importa es el nivel cultural que asegura el haber pasado por una universidad.

<sup>24</sup> En este sentido, hay sociólogos que consideran que la inserción del lado de las empresas, dada su impronta menos “práctica”, constituye el “abandono” de la investigación y en ese sentido un paso que los alejaría de la sociología.

<sup>25</sup> Luego de acordar con el cliente las características del pedido, la agencia puede optar por subcontratar buena parte del trabajo convocando para ello a un conjunto de individuos especializados en cada tarea o etapa de la investigación: organización y supervisión del campo, elaboración del cuestionario, diseño de la muestra, procesamiento de los datos y su análisis, realización y coordinación de entrevistas individuales o colectivas, realización y presentación del informe.

menos permanente para asegurarse una cierta estabilidad de ingresos, permite, no obstante, un manejo más flexible del propio tiempo y de la cantidad de trabajo a realizar. En este sentido, es valorada por aquellos sociólogos que, contando con otra inserción (a veces en otras esferas laborales), pueden mejorar sus ingresos a partir de un trabajo por proyectos “puntuales”<sup>26</sup>.

Teniendo en cuenta las otras esferas donde se insertan los sociólogos, los ritmos de trabajo en investigación de mercado y opinión pública son acelerados. A diferencia de la academia, por ejemplo, donde los sociólogos cuentan con plazos relativamente extendidos para profundizar en un tema, reconstruir el estado de la cuestión, diseñar los instrumentos de recolección de datos, someter lo elaborado a discusión con los pares y redactar el informe final, el tiempo disponible entre el encargo del estudio y la presentación de los resultados suele medirse en semanas. Una respuesta rápida es, según los propios actores, una condición de permanencia en el negocio<sup>27</sup>. El ritmo, en ese sentido, constituye el más palpable condicionamiento de un trabajo que, según creen los propios actores, no deja tiempo para elaboraciones más “complejas” o “profundas”. Otro tanto ocurre con la forma en que se presentan los resultados. Si en el Estado aparecía la necesidad de ser breve y evitar los desarrollos extendidos, lo mismo ocurre aquí. En ese sentido, para referir las diferencias entre la investigación académica y la realizada en las consultoras, una entrevistada señalaba que mientras en una se trabaja con *Word*, en la otra se lo hace con *Powerpoint*.

Por sus finalidades, los instrumentos de recolección de información que utilizan y, sobre todo, los clientes a los que se dirigen, la investigación de mercado y los estudios de opinión son actividades con diferencias que los sociólogos no dejan de reconocer y en base a las cuales muchas veces orientan y dan sentido a sus decisiones profesionales.

En primer lugar, está el tema que abordan. En un caso, las preguntas de la investigación están referidas a la receptividad de los consumidores hacia un producto o marca, mientras en el otro lo que se inquiere es, como se indicó, la intención de voto o las representaciones de un individuo sobre determinado candidato (o la política y la sociedad en general). Si bien es usual destacar los vínculos entre una y otra investigación, y los manuales de marketing enfatizan las afinidades que puede haber entre “vender” un desodorante y un candidato en una elección, para los sociólogos, aun cuando ellos mismos puedan realizar ambas actividades, existe una fuerte separación. Mientras una parece carecer irremediamente de cualquier trascendencia, la otra resulta más “interesante” ya que permite preguntarse por las prácticas políticas de la sociedad. Para ellos, las cuestiones vinculadas al voto o a las percepciones de un candidato son más “importantes” y “desafiantes” que las razones por las cuales un individuo decide probar una nueva marca de gaseosa o prefiere un determinado sabor de yogur. En ese sentido, para algunos sociólogos el trabajo en opinión pública es preferido frente a la investigación de mercado. Según su visión, su temática es más “sociológica”.

Ahora bien, la investigación de mercado no deja de tener su atractivo. Según reconocen los sociólogos, permite poner en juego una batería de herramientas y técnicas metodológicas más amplia y sofisticada, que se piensa y elabora para cada indagación. Mientras en ella es usual la realización de entrevistas,

---

<sup>26</sup> Esta forma de inserción es también valorada por los estudiantes quienes suelen comenzar su vínculo con el mundo de las consultoras a través de la realización de encuestas. En esta actividad encuentran una fuente de ingresos que pueden aumentar en momentos de relativa tranquilidad durante la cursada para regular cuando se acercan los exámenes. Pueden, de ese modo, ir avanzando en la carrera con un compromiso entre tiempo y recursos disponibles que un trabajo de ocho horas no les permitiría. Aun cuando muchos inicialmente no proyecten una carrera en el ámbito de la consultoría privada –lo ven como una actividad que procura recursos y nada más–, una vez graduados y ante la necesidad de conseguir mayores ingresos, tienen la posibilidad de aprovechar los contactos construidos en su práctica previa para incorporarse a alguna agencia.

<sup>27</sup> Varios entrevistados que han tenido una experiencia en la investigación de mercado la han caracterizado como una actividad que “te quemaba la cabeza”.

grupos focales, observaciones etnográficas, en la investigación política tiende a predominar una aplicación rutinaria de la encuesta tradicional<sup>28</sup>.

La variación en los métodos y el amplio alcance de la investigación de mercado frente a la de opinión (y a la realizada en otras esferas) es posible por el flujo de recursos que invierten las empresas. Para aquellos sociólogos que por sus experiencias pueden comparar la dotación de recursos disponibles en otras esferas, como la academia o el Estado, el trabajo en la consultoría de mercado es, en este sentido, valorado aunque persiste el sentimiento de que, en el fondo, se trata siempre de investigar algo que no reviste un genuino interés. Eso, aun cuando el trabajo resulte atractivo (por la “gimnasia” metodológica que se aplica, por las posibilidades de viajar, por el nivel de ingresos), no deja de generar una persistente sensación de incomodidad.

#### **4. Las organizaciones. Profesionalización y heterogeneización**

Si las inserciones en el sector público y privado son heterogéneas otro tanto ocurre con el denominado “tercer sector”, esfera de fuerte expansión en los años noventa. Si bien de acuerdo a la encuesta ya citada, la proporción de sociólogos que declaran trabajar en este espacio era relativamente menor, el mundo de las ONG constituye un mercado laboral en expansión en la medida en que desde su eclosión en los años ochenta ha atravesado un fuerte proceso de “profesionalización”. En ese marco, la figura del “militante puro” ha debido compartir la escena con la del “profesional” de las ciencias sociales que, movido por un “compromiso” con cierta causa o problemática social, aspira al mismo tiempo a desarrollar una actividad laboral (Malagamba, 2009).

La categoría “ONG” hace referencia a una cantidad de organizaciones y de agentes plural y variada. El abanico incluye desde grandes organizaciones de alcance internacional hasta instituciones sostenidas por un puñado de personas, desde las que buscan incidir en determinadas áreas de la política pública hasta las que desarrollan una inserción local o barrial con escasos recursos materiales, desde aquellas de larga tradición y continuidad hasta aquellas que surgen en un momento para desaparecer al poco tiempo, desde aquellas que acceden al mercado internacional de la filantropía hasta aquellas que dependen de los recursos del Estado para poder subsistir.

Más allá de sus profundas diferencias, todas enfrentan una alternativa de hierro: financiarse o perecer. En ese sentido, una labor fundamental es la generación constante de proyectos y la siempre renovada búsqueda de recursos. Para todas, grandes y chicas, la agenda de los financiadores es un condicionamiento ineludible por lo que buena parte de sus iniciativas están permeadas por esta preocupación.

Aquí, como en los casos anteriores, las tareas demandadas a los sociólogos son variadas. De todos modos, podemos reconocer dos grupos de actividades (que en la realidad no necesariamente son excluyentes). Por un lado, están quienes son contratados para generar diagnósticos e información agregada. El sociólogo, según quienes lo reclutan, es alguien que puede “producir datos” e incorporar una perspectiva sistematizadora a la hora de recopilar y analizar información. También, como ocurría en el sector público, la evaluación de políticas o iniciativas es fundamental en esta esfera. Tanto para rendir cuentas del impacto que tuvieron los recursos recibidos como para justificar el pedido de nuevo financiamiento, la información sobre la realidad social en la que se busca intervenir es muchas veces

---

<sup>28</sup> Ello no hace, es preciso aclarar, de todas las investigaciones de mercado una labor “creativa”. Aun cuando hay veces en que las empresas demandan estudios más generales para conocer las tendencias u orientaciones de determinados grupos sociales o de consumo, lo que predomina son los estudios de alcance acotado donde se buscan responder preguntas más “puntuales” (¿qué producto es mejor? ¿cuál envase o “packaging” es más atractivo? ¿qué precio es posible cobrar? ¿qué grado de conformidad tienen los consumidores con el servicio contratado?). En ese sentido no es inusual que el pedido del cliente esté delimitado a punto tal de fijar la herramienta a aplicar o el número de casos a relevar. En ese caso, con poco margen para introducir sus puntos de vista, la agencia opera como un brazo operativo de lo decidido por la empresa.

un requisito o exigencia de quienes ofrecen el dinero. En un mundo donde los abogados son mayoría, los sociólogos pueden encontrar en el instrumental propio de la disciplina un elemento diferenciador que facilita y legitima su acceso a ciertas tareas o áreas.

Por otro lado, están quienes se comprometen con las labores de intervención de manera directa: coordinando grupos, realizando capacitaciones, entrevistando y asesorando a los individuos a los que las iniciativas de la organización se dirigen, propiciando acuerdos entre los actores en juego en una determinada situación, etcétera. Como quienes trabajan en el Estado aplicando la política pública en directa relación con las poblaciones destinatarias, su vinculación con la acción “práctica” es, en estos casos, mucho más directa y requiere de ciertas destrezas “sociales” vinculadas a la coordinación de grupos de diverso perfil.

Pero no todos los sociólogos se incorporan o son contratados a una ONG ya establecida. Hay quienes, interesados por intervenir en un campo o problema social particular deciden formar su propia institución. Como todo emprendimiento que arranca desde cero, la iniciativa no es sencilla y requiere definir el perfil y las líneas de intervención a seguir. La tarea supone asimismo una fuerte carga de gestión: armar los equipos de trabajo, manejar el presupuesto de la institución, hacer el vínculo con los *gatekeepers* del escenario donde se busca intervenir, buscar recursos en distintos medios, armar las presentaciones y las rendiciones de cuenta, etcétera. Para quienes asumen esta empresa, el trabajo en “su” ONG los dota de una “agilidad” o “flexibilidad” que su incorporación en otros espacios más grandes o estructurados, como por ejemplo alguna dependencia estatal preocupada por temas similares, limitaría. La relación entre sus esfuerzos y los resultados alcanzados, así como la impronta personal que pueden poner en juego, son para ellos mucho más visibles.

Para los sociólogos que reivindican su inserción en una ONG, estas organizaciones aparecen como un ámbito profesional atractivo porque permiten poner en juego una práctica que, según perciben, tiene un impacto “concreto” en la sociedad. Si el tipo de intervención posible en el mundo de las empresas generaba cierta incomodidad o contradicciones dado los temas irrelevantes que se indagan, en este caso la finalidad social o política de las ONG resulta ciertamente más compatible con la mirada, compartida por buena parte de los graduados, que hace de la sociología una disciplina que debe intervenir en la sociedad contra las asimetrías sociales. La declarada vocación universalista (o de bien público) y la finalidad práctica (que no sólo busca conocer sino transformar) hacen de estas entidades espacios de trabajo al que los sociólogos pueden atribuir un sentido “trascendente” (que va más allá de hacerse un ingreso).

Ahora bien, no es extraño que con semejantes expectativas lo que finalmente encuentran, en muchos casos, resulte decepcionante. El desencanto sobreviene cuando perciben que la reproducción material de la institución y el fuerte condicionamiento que supone la búsqueda de financiamiento afectan el desarrollo o la calidad de los proyectos instrumentados. Si a veces es preciso priorizar cierta iniciativa frente a otra que parece más urgente por el sólo hecho de que la primera puede contar con el visto bueno de un financiador, otras veces es necesario construir indicadores que, más que reflejar la realidad, presenten un “caso” susceptible de conmover su sentido filantrópico. Del mismo modo, según algunos entrevistados, es usual que la evaluación de lo realizado no siempre busque dar cuenta del impacto de las medidas desarrolladas sino ofrecer una mirada que “deje bien parada” a la ONG frente a quien ofreció los recursos (y les asegure la continuidad de su financiamiento). En esas condiciones, los sociólogos sienten que los datos producidos, desprovistos de cualquier “rigor”, no apuntan a producir una intervención más “inteligente” sobre la realidad sino a preservar los intereses de la institución que, según denuncian, más que un medio, ha devenido un fin en sí mismo.

Buena parte del trabajo en estas organizaciones se produce a través de contrataciones asociadas a un determinado proyecto de modo tal que la relación laboral se da por concluida cuando aquel es completado. Sólo las grandes organizaciones, que gozan de un financiamiento continuo más o menos

garantizado, poseen un *staff* permanente de asalariados donde los sociólogos pueden incorporarse<sup>29</sup>. De ahí que el trabajo en el mundo de las ONG tenga un carácter fuertemente flexible e inestable. En esas condiciones, la circulación de sociólogos por otros espacios, o su multiposicionamiento, en vistas a armar un ingreso considerado adecuado suele ser inevitable. El trabajo en una ONG se presta, en este sentido, para ser una segunda ocupación.

### **5. Unas esferas porosas. Circulación y multiposicionalidad de los sociólogos**

Según hemos podido ver a lo largo del desarrollo anterior, cada una de las esferas donde los sociólogos se insertan profesionalmente tiene una lógica propia: persiguen orientaciones específicas, tienen un tamaño y alcance dispares, exigen tareas y ritmos de trabajo diferenciados, poseen formas de ingreso y jerarquías particulares. Cada una, en ese sentido, enfrenta a los sociólogos y a quienes allí trabajan a un conjunto de experiencias y desafíos diversos.

Ahora bien, lo anterior no implica que entre esas esferas haya barreras inexpugnables. Por el contrario, si algo enseña el estudio de las trayectorias laborales de los sociólogos es que el paso de una a otra es una práctica habitual. Las líneas que separan esos mundos son, como se sugirió a lo largo del desarrollo anterior, continuamente trasvasadas por los individuos. Antes que excepciones o anomalías, los cruces constituyen, en ese sentido, una constante. Si existen perfiles “puros” y carreras desarrolladas en una sola esfera, no deja de haber perfiles “híbridos” que pasan de un ámbito a otro a lo largo del tiempo o que mantienen múltiples afiliaciones y pertenencias en un mismo momento. Al primer caso, al movimiento secuencial de una esfera a otra lo denominamos “circulación” y al segundo, la pertenencia simultánea a más de una esfera, “multiposicionalidad”<sup>30</sup>.

La circulación o multiposicionalidad en diferentes mundos laborales no son, por supuesto, atributos exclusivos de los sociólogos. Por el contrario, la movilidad ocupacional o los cambios relativamente marcados en las trayectorias laborales de los individuos son una característica del mercado laboral contemporáneo en el que las inserciones estables y de largo plazo, típicas de la sociedad salarial de posguerra, han entrado en crisis (Castel, 2010; Sennett, 1999). La consultoría *free-lance* o el trabajar en base a contratos de unos pocos meses no son, en este sentido, una peculiaridad de los sociólogos. Son un rasgo compartido con buena parte de los trabajadores profesionales y no profesionales.

Ahora bien, si se compara lo ocurrido con los sociólogos en la Argentina con otros casos nacionales, esta alta circulación o multiposicionalidad aparece como un rasgo distintivo. En efecto, en campos disciplinarios de mayor consistencia, como el francés, norteamericano o brasilero, esa poliactividad

---

<sup>29</sup> Para tener una idea de su tamaño, cabe referir las cifras del personal estable de cuatro de las ONG más reconocidas: Fundación Poder Ciudadano: 16; Asociación por los Derechos Civiles (ADC): 22; Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS): 35; y Centro para la Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC): 70. Fuente: diario La Nación del 12 de septiembre de 2010.

<sup>30</sup> Según un informe del Laboratorio de Análisis Ocupacional de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, uno de cada tres encuestados tenía alguna “ocupación secundaria vinculada con la profesión”. Más allá de esto, no contamos con datos agregados que den cuenta de la incidencia de los cruces o de sus sentidos más habituales pues la información estadística disponible informa sobre la “ocupación principal” declarada y no provee datos sobre las actividades “secundarias” pasadas o presentes. Sin embargo, podemos destacar que entre los más de cincuenta entrevistados para esta investigación, la mayoría había tenido (o tenía) inserciones en distintas esferas. De hecho, no faltaron casos en los que las múltiples ocupaciones del momento hacían difícil decidir una ocupación o afiliación principal. En ese sentido, cabe preguntarse si las encuestas que demandan al individuo la definición de una “ocupación principal” no estarían “forzando” el dato. Para quienes tienen un perfil profesional híbrido, clasificarlos en términos de uno de sus mundos de referencia constituye una imposición que desconoce la complejidad de sus labores. Al respecto, Cf. Boltanski (1973). En un análisis sobre la clase dominante francesa que analizaba su “multiposicionalidad” (la participación de sus miembros en distintos campos), el autor destacó el problema metodológico que había a la hora de definir la filiación institucional de individuos que participan o circulan por distintas instituciones.



está menos difundida (Braga, 2009)<sup>31</sup>. Quienes se dedican a la investigación y enseñanza académica lo hacen por lo general como una actividad de tiempo completo. Otro tanto ocurre con aquellos que se insertan por fuera de la academia. En estos países, los individuos no circulan –o lo hacen en un grado sensiblemente menor– de un espacio a otro.

En nuestro país, en contraste, si la circulación o multiposicionalidad fue una alternativa para quienes mantenían una inserción académica que no les aseguraba un nivel de ingresos “suficientes” dado el predominio de las dedicaciones simples o la relativa escasez (o bajo monto) de las becas disponibles, ella no se reducía a estos casos. Antes bien, los cruces de una esfera a otra se daban en todos los sentidos posibles. Del Estado a la consultoría de mercado, de ésta a una ONG, de allí a la academia, y así sucesivamente. Pese a que resulta difícil por los datos disponibles reconocer recorridos frecuentes o “típicos”, cabe destacar que entre los sociólogos entrevistados en esta investigación se verificaron las más diversas combinaciones o traslapes.

Si en la circulación entre las distintas esferas existen casos en los que se produce una “reconversión”<sup>32</sup>, la alta rotación y movilidad, las “idas y vueltas”, el “probar y volver”, dan cuenta de perfiles constitutivamente diversificados. Lo que caracteriza a estos sociólogos es, como Heredia (2007) y otros han indicado para los economistas, su capacidad de participar en redes profesionales variadas, acumular posiciones en diversos espacios y reunir una multiplicidad de afiliaciones.

Esa circulación o multiposicionalidad da cuenta de que, si bien están diferenciadas y no es lo mismo trabajar en una o en otra, las distintas esferas no imponen “costos” de entrada o salida demasiado elevados. En determinados momentos, los sociólogos empleados en una esfera pueden probar suerte en otra, abandonando o sin abandonar su anterior pertenencia. Aun cuando el ingreso puede suponer una acumulación previa de antecedentes o capitales específicos, el nivel exigido no excluye en una buena parte de los casos a quienes tuvieron otros recorridos. Por supuesto, como se indicó en la reconstrucción anterior, los cruces resultan menos dificultosos cuando el individuo tiene acceso a una red de contactos o capital social susceptible de ofrecerle un abanico de posibilidades laborales más amplio<sup>33</sup>.

### ***Consideraciones finales. La Carrera de Sociología de la UBA frente al mercado de trabajo de sus graduados***

En las últimas décadas, según pudimos ver a lo largo de este artículo, el mercado laboral de los sociólogos experimentó profundos cambios y transformaciones. Proceso dinámico, el menú de opciones o posibilidades laborales disponibles para los sociólogos fue variando a lo largo del tiempo de modo tal que ser sociólogo ya no era, como en el pasado, ser necesariamente un académico.

---

<sup>31</sup> Este rasgo es una de las características de los campos académicos donde la disciplina está relativamente poco institucionalizada y los sociólogos no encuentran oportunidades laborales que ofrezcan ingresos suficientes en las universidades o centros de investigación (Shils, 1970). Allí, la escasez de recursos obliga a los sociólogos con inserciones académicas a desplegar su actividad en diversos ámbitos de manera tal de asegurarse su reproducción material.

<sup>32</sup> Cuando un individuo abandona un campo en el que se había formado para ingresar a otro, procurando poner en juego su capital y credenciales previamente acumulados (Tissot *et al.*, 2004).

<sup>33</sup> El peso de los contactos en la relación de los sociólogos con el mundo laboral ha sido reconocido en diversos estudios. En sus sucesivas encuestas con graduados, el Laboratorio de Análisis Ocupacional encontró que los mecanismos de acceso a la primera experiencia profesional “fueron predominantemente ‘informales’: siete de cada diez obtuvieron este empleo por ‘vinculaciones personales’ u otros mecanismos análogos” (Laboratorio de Análisis Ocupacional, s.f.:5). Por su parte, Rubinich y Beltrán encontraron que la participación en actividades no curriculares “en el ámbito universitario aparece como una de las variables que mejor explica la posterior inserción en el campo profesional” (Rubinich y Beltrán, 2010:208). De ahí la importancia de los vínculos con “amigos y conocidos”.

Frente a estos cambios, ¿cómo se relacionó la Carrera de Sociología de la UBA, la institución que año a año producía el mayor número de graduados? Si se observa su derrotero desde que a mediados de los años ochenta fuera reorganizada, es posible constatar que esta institución se configuró como un espacio poco receptivo a la preocupación por la salida laboral y a las variadas y novedosas experiencias que sus propios graduados iban desarrollando una vez finalizados sus estudios. Lejos de ello, tendió a predominar, de manera prácticamente indiscutida, el modelo del sociólogo como docente universitario o investigador académico. En ese marco, aun cuando buena parte de sus docentes (en el marco de una institución donde predominan las dedicaciones simples) contaran con inserciones fuera de la academia, no enseñaban contenidos vinculados a su desempeño profesional principal ni referían sus experiencias. De esa forma, al deslegitimar las versiones más aplicadas de la disciplina, la Carrera tendió a limitar el diálogo o intercambio con el trabajo no académico de sus propios graduados<sup>34</sup>. La circulación o multiposicionalidad de los sociólogos no fue acompañada por una comunicación institucional entre los saberes y conocimientos producidos en las distintas esferas.

La conjunción de un mercado laboral sumamente cambiante y de una carrera que se mantuvo relativamente distante frente a esos cambios se tradujo en un marcado desfasaje entre el conjunto de expectativas sobre la disciplina y el rol de los sociólogos que los alumnos incorporaban durante su formación universitaria y las actividades que, en una buena proporción, debían asumir una vez graduados. El desfasaje entre formación y práctica profesional, propio de cualquier carrera universitaria pues los cambios en el mundo del trabajo van siempre por delante, adquiere en este caso dimensiones muy marcadas. Buena parte del malestar, desvelos y tensiones con los que una amplia proporción de los jóvenes sociólogos tienen que lidiar en el momento de su inserción laboral –el hecho de sentir que una importante proporción de las opciones disponibles los “aleja” de la sociología- debe vincularse con la distancia entre un mercado de trabajo cambiante y una carrera relativamente cerrada a esos cambios que tendió a desconocer la posibilidad de desarrollar una práctica “sociológica” en un ámbito no académico.

## Bibliografía

Abbott, Andrew (1988): *The System of Professions*. Chicago The University of Chicago Press.

Abal Medina, Juan y Nejamkis, Facundo (2001). “Capacidades estatales y régimen de empleo público: el caso argentino, ¿un antes y un después del SINAPA?”. Ponencia presentada en *LASA*, Washington.

Beccaria, Ana y Goldfarb, Lucía (2010): “Reforma del Estado y saber tecnocrático. Los sociólogos en el ámbito estatal”, en Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.) (2010): *¿Qué hacen los sociólogos?* Buenos Aires: Aurelia.

Beltrán, Gastón (2010): “Las ciencias sociales y el surgimiento de un mercado del saber experto. Las bifurcaciones de la sociología argentina en el final del sigloXX”, en Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.) (2010): *¿Qué hacen los sociólogos?* Buenos Aires: Aurelia.

---

<sup>34</sup> No se trata aquí, es necesario aclarar, de acomodar (o “instrumentalizar”) la enseñanza de la disciplina a las demandas puntuales del mercado de trabajo. Cabe señalar que, interrogados sobre las orientaciones de la Carrera, la mayoría de los graduados no consideran necesario reformar la currícula en un sentido más “técnico” o “aplicado”. Por el contrario, valoran la formación recibida durante sus estudios pero apuntan contra la idea promovida en esta institución que hace de la investigación y docencia universitarias las únicas salidas legítimas para el sociólogo, frente a las cuales cualquier actividad “profesional” aparece menospreciada como un pobre “consuelo”. Para un análisis del perfil y orientaciones de la Carrera, Cf. Blois (2011) y Bonaldi (2009).

Beltrán, Gastón y Strauss, Luciana (2011): “Expertos y dinámicas organizacionales: racionalidad limitada y consecuencias no buscadas en la Argentina de los noventa”, en Morresi, S. y Vommaro, G. (comps.): *Política y expertise en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo.

Bekerman, Fabiana (2009). “El campo científico argentino en los años de plomo: desplazamientos y reorientación de los recursos”. En: *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N°26.

Blois, J. (2009). “Sociología y democracia. La refundación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)”. En: *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N° 26.

Blois, J (2011). “Sociología y mundo del trabajo. Las trayectorias laborales de los sociólogos de la UBA desde la restauración de la democracia”. En: *Sociedad*, N°29/30.

Blois, J. (2012). *Obligados a elegir “entre el sacerdocio y la prostitución”. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA*. Tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Boltanski, Luc (1973). “L’espace positionnel. Multiplicité des positions institutionnelles et habitus de classe”. En: *Revue Francaise de Sociologie*, XIV.

Bonaldi, Pablo (2009). *Aprendiendo Sociología. La impronta de la Carrera en la experiencia de los estudiantes*. Buenos Aires: La Gomera.

Braga, Eugenio (2009). “Cientistas sociais extra-universitarios: identidade profissional no mercado da pesquisa”. Em: *Estudos de Sociologia*, vol. 14. n°26.

Buchbinder, Pablo (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Sudamericana: Buenos Aires.

Brunner, José y Barrios, Alicia (1987). *Inquisición, mercado y filantropía*. Chile: FLACSO.

Castel, Robert (2010): *El ascenso de las incertidumbres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

García de Fanelli, A. (2000). “Estudios de posgrado en la Argentina: una visión desde las maestrías en ciencias sociales”. En: *Documento CEDES*, n°119.

García de Fanelli, A. (2001). “La formación de posgrado en las ciencias sociales argentinas: oportunidades y restricciones”. En: *Educational Policy Archives*, Vol. 9, n°29.

Groisman, F. y García de Fanelli, A. (2009). “Incentivos a la profesión académica: los salarios de los docentes universitarios en la Argentina”. En: *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, Año 14, N° 21, Primer Semestre 2009, pp.143-167.

Heredia, Mariana (2007). *Les métamorphoses de la représentation. Les économistes et le politique en Argentine (1975-2001)*. Tesis de doctorado, EHESS.

Kreimer, Pablo y Blanco, Alejandro (2008). “Sociologie et démocratie? Un panorama de la discipline en Argentine entre 1983 et 2007”. En: *Sociologies pratiques*, N°16.

Laboratorio de Análisis Ocupacional (2001). *Informe. Censos de estudiantes*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Laboratorio de Análisis Ocupacional (s.f.). “Estudio N°2: Los graduados de Sociología (1987-1990)”, Facultad de Ciencias Sociales.

Malagamba, Romina (2009). *Expertos en Ciudadanía. La emergencia de la Fundación Poder Ciudadano y las transformaciones en las formas de la política en la Argentina (1988-1992)*. Tesis de maestría en Antropología Social y Política, FLACSO.

Morresi, Sergio y Vommaro, Gabriel. (2011). “Los expertos como dominio de estudio socio-político”. En: Morresi, S. y Vommaro, G. (comps.): *Política y expertise en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Prometeo.

Perelmiter, Luisina (2011). *La burocracia asistencial en funcionamiento. Relaciones y prácticas en la vida íntima del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación*. Tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón (2010). “Prácticas heterogéneas y trayectorias complejas. Algunos comentarios sobre el campo de la sociología analizado a partir de las ocupaciones de los sociólogos”, en Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.). *¿Qué hacen los sociólogos?* Buenos Aires: Aurelia.

Rubinich, Lucas y Langieri, Marcelo (2007). “La sociología ahora”. En: *La sociología ahora*. Buenos Aires: SigloXXI.

Sennett, Richard (1999). *La corrosión del carácter*. España: Anagrama.

Shils, Edward (1970). “Traditions, Ecology and Institution in the History of Sociology”. En: *Daedalus*, vol.99, N°4.

Sidicaro, Ricardo (1993). “Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 517–519.

Sigal, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.

Svampa, Maristella (2008). *Cambio de época*. Buenos Aires: SigloXXI.

Tissot, Sylvie *et al.* (2004). *Reconversions militantes*. Limoges : Pulim.

Vaccarezza, Leonardo (2007). “Heterogeneidad en la conformación de la profesión académica : una comparación entre químicos y sociólogos”. En: *REDES*, Vol.13, n°26.

Vommaro, Gabriel (2008). *Lo que quiere la gente*. Buenos Aires: Prometeo.